

ros, acabando por no celebrar nunca sesion; pues la mayor parte de las reformas las trataba el emperador verbalmente con los consejeros, tomando muchas veces importantes decisiones sin consultarlos ni hablar de ellas siquiera con ningún individuo del Consejo. En el ánimo de José influían especialmente Francisco, baron Kressel de Qualtenberg (1720-1801) y Tobías de Gebler (1726-1786). El primero fué, durante el reinado de María Teresa, consejero áulico, luego presidente de la comision áulica de estudios, en 1779 comisario real en el distrito del Inn, y en 1782 presidente de la comision áulica eclesiástica. Era hombre de profunda ciencia, de opiniones conciliadoras, de inapreciable laboriosidad y muy versado en la administracion; y á él se debieron un gran número de reformas eclesiásticas; los escritores religiosos le tacharon de francmason. Gebler era, como decian en Austria, un extranjero que en 1753 habia llegado al país y se habia convertido al catolicismo. En 1759 fué consejero en la inspeccion de monedas y minas; en 1762 consejero en la cancelleria áulica, y en 1768 consejero de Estado, hasta que en 1781 José volvió á destinárle á la cancelleria áulica. Gebler era, como es sabido, un fecundo escritor y estaba en relaciones con los principales genios literarios de su tiempo. Los consejeros de Estado Hatzfeld, Reischach y Martini, que abandonó el Consejo en 1785, eran conservadores. El baron de Eger é Izdencyy, que se dió á conocer en 1785, se nos presentan como las columnas del absolutismo josefino: Eger se mostró especialmente hostil á la Hungría, hasta el punto de que en un asunto de cierta queja contra los comitados húngaros, dijo: «Todas las asambleas permanentes, incluso los *comités* de notables, merecen que no se les haga caso ninguno, porque no han aprendido á conocer las verdaderas necesidades del pueblo y contar con su consentimiento es reconocerles una parte en la autoridad legislativa, derecho que si bien se mira todo monarca puede reivindicar para sí. En las mismas comarcas hereditarias alemanas, fué este derecho reivindicado en otro tiempo como lo es ahora en Hungría: tambien ellas tenian su constitucion aristocrática y su Dieta; tambien ellas creian poder rechazar los proyectos del gobierno ó solo acceder á ellos mediante ciertas condiciones: pero pronto se acostumbraron á respetar y venerar las decisiones que contra sus deseos, ó prescindiendo de ellos, tomaba el príncipe.

## II.—LA POLITICA EXTERIOR (1781-1786)

El tratado de las Barreras.—La cuestion del Escalda.—Paz de Fontainebleau.—Proyecto de permuta de los Países Bajos por la Baviera.—Negociaciones y política de Prusia.—La alianza de los príncipes.—El Austria en la cuestion de Oriente (1784).

La política exterior de José II tuvo por objeto como la de sus antecesores, el poder y engrandecimiento de su Reino y se apoyaba en la amistad de Francia y Rusia. José, á su regreso del viaje á esta nacion se consideró como amigo de Catalina II, se dedicó, con todo el celo y actividad que le caracterizaban, á procurar la alianza rusa. La conclusion de un nuevo tratado de garantía estuvo aplazada durante algun tiempo por una cuestion de forma, pues Catalina, como jefe supremo de la Iglesia oriental, queria tener la misma categoría que el emperador. A pesar de esto, el tratado tuvo cierta fuerza obligatoria en mayo de 1781 en virtud de la correspondencia mediada entre ambos soberanos. José garantizaba á la czarina la Rusia europea, la posesion de Polonia, los convenios polacos de 1773 y la cesion del condado de Oldenburgo á la línea jónen de la casa de Holstein. Por su parte la czarina garantizaba, á la casa de Austria la posesion

de sus provincias, incluso los Países Bajos, y con la sola excepcion de los ducados italianos, y en cuanto á Polonia hacia á José las mismas promesas que este le habia hecho á ella. En una segunda carta, el emperador se obligaba á aliarse con Rusia contra la Puerta, á hacer que esta observara estrictamente los tratados y á combatir al lado de Rusia en caso necesario, á los tres meses de la declaracion de guerra, aportando á la lucha un contingente igual al que presentaran los rusos. La alianza de ambos Estados estaba, pues, directamente encaminada contra la Puerta; pero al propio tiempo tenia puesta la mira en otros adversarios, especialmente Prusia, pues la czarina se comprometia, en caso de una invasion, á auxiliar al Austria con sus tropas (1).

El misterio en que José II y la czarina envolvieron sus recíprocas promesas pudo mantenerse en un principio de tal suerte, que Federico II, por mas que sospechó la existencia del acuerdo, no pudo adquirir de ella un firme convencimiento. «El emperador pesa sobre mis hombros de 70 años, escribia en 1781 y 1782; al presente, estamos luchando para ver quién logra atraerse á su lado á la Rusia; hemos de ver quién de los dos vence.» Pero ya en el otoño de 1782 supo todos los detalles del tratado de garantía (2). Disgustado del aislamiento en que se encontraba, se mostró, sin embargo, resuelto á mantenerse tranquilo y á dejar que los sucesos siguieran su curso (3), creyendo que Rusia dirigia sus miradas á los Principados danubianos y Austria á Belgrado y Bosnia.

Pero la atencion de las potencias europeas estaba fija mas en Occidente que en Oriente, pues el emperador José habia ya comenzado á destruir, con atrevida mano, las relaciones de derecho público que en Bélgica existian fundadas en los tratados de las Barreras y del Escalda. Segun los tratados de 1715, los holandeses conservaban en su poder, como barreras en frente de Francia, siete fortalezas fronterizas belgas y tenian en ellas 14.000 hombres de guarnicion, cuyo sostenimiento corria á cargo de Bélgica. El tratado del Escalda databa de la guerra hispano-francesa del siglo XVII y estaba incluido en el tratado de Münster de 1648. Ambos tratados se habian firmado contra la libertad de Bélgica, y eran una servidumbre altamente perjudicial para el desarrollo de aquel hermoso país que desde 1715 pertenecía á la casa de Austria. Carlos VI y María Teresa habian intentado liberarse de semejante servidumbre, y María Teresa habia conseguido que se rebajara á Bélgica la mitad de la contribucion que debia pagar para sostener las tropas holandesas, es decir, medio millon de florines. Los flamencos deseaban ardientemente verse libres del entredicho que sobre ellos pesaba por tierra y por mar, cuestion que fué profundamente estudiada en el Consejo de los Países Bajos que residia en Viena. El tratado llamado de las Barreras no existia ya de hecho, pues los holandeses nada habian hecho desde 1749, y en 1744 y 1745 habian defendido mal el territorio. El convenio traía consigo otros inconvenientes, pues los holandeses reclutaban en Bélgica las tropas que habian de guarnecer las fronteras, y la libertad religiosa de que gozaban los oficiales y la libre entrada de armas y municiones eran causa de algunas colisiones. Cuando José II, durante el verano de 1781, visitó los Países Bajos, vió con sentimiento el país ocupado por tropas extranjeras y las fortalezas en decadencia. En las con-

(1) 21 de mayo, 24 de mayo, 1781. Arneth, *José II y Catalina II*, 72, 77, 79, 81.

(2) José á Catalina, 6 de octubre de 1782. *Je suis bien sûr que le Roi de Prusse est informé avec détail de tout*. 162.

(3) Ranke, *Potencias alemanas*, I, 148. Escrito de Federico II al duque Fernando de Brunswick.

ferencias de ministros que se celebraron en Bruselas, habló francamente del tratado de las Barreras diciendo que costaba mucho y que no era ya necesario mediante la alianza con Francia. Tambien se habló de los perjuicios que ocasionaba el cierre del Escalda y de los abusos de la administracion, exponiendo entonces el emperador un verdadero programa que queria llevar á cabo. Despues de haber solicitado de Bélgica su asentimiento á este plan regresó á Austria, pasando por Francia. La ocasion parecia oportuna para destruir los viejos tratados. El gabinete inglés, en vista de que los Estados generales de Holanda habian tomado partido contra él en la guerra marítima, abandonó los intereses de Holanda y propuso al emperador que no se observaran los antiguos tratados y que se apoderase de la navegacion del Escalda. El emperador se sentia ya entonces inclinado á pedir á Holanda el mar libre, es decir la supresion de las barreras del Escalda; pero Kaunitz observó que con esto podrian destruirse las relaciones de alianza con la Francia, y que por tanto la única ventaja de la libertad del Escalda seria para los comerciantes de Amberes. José aplazó, en su consecuencia, la cuestion del Escalda, pero quiso acabar de una vez con el tratado de las Barreras ordenando se dijera á los embajadores en Viena y en Bruselas que no era compatible con los intereses del Austria el que conservaran todas las fortalezas fronterizas; que queria demoler la mayor parte de ellas y que, en su consecuencia, el gobierno holandés debia retirar sus tropas. En vista de estas intimaciones, los holandeses enviaron á Viena á uno de sus mas hábiles diplomáticos, el conde Wassenaer, para que tratara personalmente con el emperador y con Kaunitz. El enviado holandés oyó de labios de ambos que la corte de Viena habia decidido la anulacion del tratado, y el canciller de Estado le dijo, ya en su primera entrevista, que el tratado no existia y que el emperador no queria oír hablar mas de él. Habiéndole dicho Wassenaer que esto podria alterar las relaciones existentes con Francia, contestó Kaunitz que tal alteracion era imposible porque un tratado no podia subsistir sino mientras subsistieran las circunstancias que lo habian motivado. En una conversacion que Wassenaer tuvo acerca de este asunto con el emperador en el Luxemburgo, José repitió las palabras de Kaunitz y añadió: «Yo me considero como un antiguo aliado de los holandeses; desde que existe allí la República hemos vivido en buenas relaciones, y estoy convencido de que Francia no se apartará del actual sistema: si en los Países Bajos ocurrieran desórdenes, entonces tomaríamos otro camino (1).» El embajador holandés se llevó de Viena una impresion general favorable; pero su gobierno no se mostró tan convencido de las buenas intenciones del Austria, á pesar de lo cual consideró prudente someterse, tanto mas, cuanto que la guerra con Inglaterra no le dejaba toda su libertad de accion. Holanda hubiera querido conservar, por lo menos, á Namur, cuya posesion le habia sido garantida en 1757; pero tampoco le fué posible conseguirlo. A excepcion de Luxemburgo, Ostende y de la ciudadela de Amberes, fueron todas las fortalezas demolidas, quedando solo en pie algunos edificios para las guarniciones. La ejecucion de esos acuerdos que tomó el Austria costó mucho dinero; pero en cambio las ciudades se vieron libres de las murallas que las aprisionaban, y se rodearon de bellos jardines y frondosos paseos. Nadie perdió en esto mas que los antiguos comandantes de plaza y aquellos que aspiraban á estos tranquilos cargos: muchos se quejaron durante la primera guerra de la revolucion de que hubiesen desaparecido

(1) «Il faudroit alors opposer une autre pointe à la France.» Memoria de Wassenaer á los Estados generales, 18 de mayo de 1782.

aquellas barreras; pero la verdad es que el estado en que se encontraban las fortalezas no era á propósito para haber hecho detener ni retroceder á los franceses.

Pronto hubieron de reconocer los Estados generales que el emperador miraba cada dia mas por el bien de Bélgica; pues comenzó por solicitar una rectificacion de la línea fronteriza, conforme con los antiguos tratados, teniendo especialmente en cuenta á Maestrich, cuya cesion habian prometido los holandeses en 1673 y 1687. Tambien solicitó de un modo muy especial en 1783 la apertura del Escalda. José II durante su viaje por Europa habia aprendido á examinar por sus propios ojos el verdadero estado de las cosas: el hermoso puerto de Amberes estaba cerrado; el Escalda cerrado tambien y los fuertes holandeses vigilaban en las fronteras de Flandes la entrada al mar. Sin embargo el derecho de tener cerrado el Escalda estaba garantizado por la paz de Münster, y aun este derecho no era mas que la confirmacion de un antiguo derecho de etapa, en virtud del cual los buques extranjeros podian llegar á la desembocadura del Escalda, pero debian cargar allí sus géneros en buques zelandeses. Los Estados generales, desde que se habian constituido en Estados libres, no habian modificado este derecho mas que en un punto, á saber, la prohibicion de que los buques extranjeros entraran en el rio. La navegacion por el interior del Escalda era tambien muy limitada y estaba sujeta á crecidos derechos. Los fuertes y un gran número de buques vigilaban la orilla en toda la extension de los territorios sobre los cuales tenia Bélgica pretensiones. Las tres principales ciudades del Brabante habian suscitado distintas veces la cuestion solicitando la libertad del Escalda (2) y el emperador, despues de resuelta la de las Barreras, comenzó á trabajar para acabar con aquella servidumbre, así como Isabel de Inglaterra habia acabado, en otro tiempo, con el monopolio de las ciudades Anseáticas. La lucha acerca del Escalda determinó una reñida polémica, en la cual José II se vió duramente tratado (3). Quien compare la rica y orgullosa Amberes de nuestros dias con la pobre y oscura ciudad del pasado siglo; quien recuerde cuánto ha florecido el comercio belga desde que se declaró libre la navegacion del Escalda, no podrá dudar de que el emperador procedia á impulsos de un pensamiento justo y de que estaba poseido de las mejores intenciones respecto de Bélgica (4). La ocasion se presentaba entonces propicia al Austria: los holandeses estaban en guerra con Inglaterra y en el interior se veian debilitados por la antigua oposicion de los partidos. Francia era aliada del Austria, y cuando el emperador comunicó, en 1781, sus planes á los monarcas franceses, estos los aprobaron. José consiguió además el asentimiento de la czarina, y solo el rey de Prusia, anciano y aislado, trabajaba en Paris y en San Petersburgo contra el Austria.

El pretexto inmediato para la lucha por el Escalda fué una violacion del territorio belga, cometida primero por un oficial holandés que, en octubre de 1783, mandó prender en territorio de Bélgica á un desertor, y luego por los holandeses que hicieron fuego sobre un buque belga que bajaba por el Escalda entre las orillas belgas y en una parte del rio que era belga. El gobierno de Bélgica pidió una satisfaccion al holandés y mandó construir un reducto junto al último

(2) A Borgnet: *Historia de los belgas*, 1861, I, 50.

(3) Schettwein y el francés Lingnet escriben en pro de José: Mira-beau en contra.

(4) Segun Guillermo Oncken, *Epoca de Federico el Grande*, el objeto de José II al entablar reclamaciones con Holanda por la navegacion del Escalda, no era obtener la libre navegacion de este rio, sino hacer que las potencias, para evitar la guerra, consintiesen en el trueque de la Bélgica por la Baviera.



fuerte de los holandeses y en territorio belga. Pudo, sin embargo, esperarse que el conflicto se resolvería pacíficamente, pues Holanda destituyó al referido oficial y mandó á decir, por medio de su embajador, á la corte de Viena, que solo quería conservar el antiguo derecho de cierre del Escalda. Pero al propio tiempo avanzaba sus fronteras hasta la parte belga del río. Los comisarios plenipotenciarios que los Estados generales enviaron á Bruselas, mostraron, en un principio, muy buena voluntad, hasta que el conde Belgiojoso presentó en noviembre de 1783, en nombre del emperador, las condiciones que este exigía para llegar á un acuerdo pacífico. El gobierno austriaco pedía: el restablecimiento de la línea fronteriza entre Holanda y Bélgica trazada en el convenio de 1664; el derribo de los fuertes holandeses del Escalda; el alejamiento de los buques vigilantes; y la cesión de Maestrich y del territorio que á ella había pertenecido antes, con indemnización á los holandeses por la pérdida de ingresos que esta cesión les ocasionaba. Los holandeses parecieron dispuestos á someterse á estas exigencias; pero el embajador francés la Vanguyon se presentó en el Haya y apoyando la protesta de los comerciantes de Rotterdam y Amsterdam, consiguió variar la opinión. Los Estados generales declararon entonces que las pretensiones de la corte de Viena eran infundadas é injustas; se retractaron de sus promesas; pidieron el auxilio de Francia; mandaron á sus tropas que volvieran á las fronteras y reunieron sus escuadras en Vliessingen. Era indudable que durante mucho tiempo se habían entablado negociaciones entre Holanda y Francia. El ministro Vergennes consiguió vencer las inclinaciones dinásticas de la corte francesa, y al ser interrogado por el embajador austriaco, contestó que las exigencias del emperador eran contrarias á las garantías que Francia había dado á los Estados generales de sostener la independencia y los derechos del país. El gobierno belga reforzó la guarnición de Amberes y tomó algunas otras disposiciones militares. En este estado estuvieron las cosas por espacio de algunos meses hasta que el gabinete francés propuso un arreglo, en virtud del cual Bélgica obtuviera todos los territorios flamencos del Escalda y la libre navegación por el río, siendo en cambio incorporados á Holanda, Maestricht, los territorios del bajo Mosa, Güeldres y una parte del Limburgo. El emperador ordenó á Mercy que declarara á la corte de París que en vista de que los holandeses habían violado tantas veces los tratados, él, por su parte, se consideraba relevado de ellos, pero que renunciaría á todas sus pretensiones si los holandeses reconocían la libre navegación del Escalda; que á pesar de todo estaba resuelto á permitir que navegaran los buques de sus súbditos, y consideraría como una declaración de guerra cualquier insulto que á ellos se dirigiera. Los comisarios holandeses en Bruselas pidieron que, á lo menos, se aplazara la salida de los buques; pero los Estados generales rechazaron toda transacción sobre este punto y declararon que la libre navegación era contraria á los intereses de la República y que no consentirían por lo mismo en ella. La antigua indiferencia se había convertido en patriótico entusiasmo. La continuación de las represalias, el duro lenguaje de los documentos austriacos oficiales habían contribuido á esto tanto como las excitaciones de Francia y de otras cortes. Los holandeses tomaron la cuestión tan á pecho, que persistieron en su resolución y se decidieron á comenzar una guerra que podía ser funesta á su país (1).

El emperador había designado para la salida de los buques y como plazo improrrogable el 8 de octubre: los capitanes, sin embargo, recibieron la orden de no contestar, aun-

(1) *Memorias del duque Alberto de Sajonia Teschen.*

que se les hiciera fuego y los buques amenazasen hundirse en las aguas. Viena había dado las oportunas órdenes para que al primer disparo de los holandeses las tropas belgas avanzasen hasta la frontera y permanecieran allí hasta recibir nuevas órdenes. Estas disposiciones fueron comunicadas á los embajadores holandeses en Bruselas así como á los gobiernos del Haya y París. El emperador estaba decidido á resolver por medio de la fuerza todas las dudas que pudiera ofrecer la cuestión de la libre navegación del Escalda y creía que este paso no suscitara sino alguna protesta de escasa importancia. En 8 de octubre de 1784 un bergantín con la bandera imperial descendió por el Escalda desde Amberes, pero tres cañonazos disparados por el fuerte Säftingen le obligaron á amainar velas (2): otro buque que navegando río arriba quería llegar á Amberes fué apresado por los holandeses, cuyo gobierno aprobó la conducta de sus oficiales y pidió al propio tiempo una satisfacción.

Este acontecimiento hizo que se suspendiesen las negociaciones: el embajador imperial Reischach salió del Haya, Vassenaer de Viena y los comisarios holandeses de Bruselas. Ambas potencias, sin embargo, estaban poco preparadas para la guerra: en Bélgica, solo había 12,000 infantes y 9,000 jinetes, faltando por completo la artillería, los pontones y los puentes de barcas, elementos esenciales para una lucha que debía tenerse en un suelo cruzado por canales. Los holandeses no se encontraban mejor dispuestos: su ejército era débil y poco experto, su artillería se encontraba en completo estado de abandono y la fortaleza de Maestrich no estaba en condiciones de sostener un sitio; pero, en cambio, podían disponer de 30,000 hombres y gozaban de la ventaja del mar y de la escuadra. Ellos fueron los que rompieron las hostilidades, abriendo en 6 de noviembre las esclusas de los fuertes del Escalda é inundando los territorios belgas. Este mismo terrible medio de defensa emplearon en todos los fuertes de las fronteras de Flandes asolando en su consecuencia las comarcas belgas y las suyas propias. Difícil era hacerles frente: los holandeses eran señores de la Flandes septentrional, dominaban el mar libre, el brazo de mar que formaba el Escalda y las inundaciones formaban otro mar entre ellos y los imperiales. En Bélgica reinaba gran entusiasmo por la guerra, renaciendo el antiguo odio contra Holanda: los Estados votaron una contribución extraordinaria y contrataron un empréstito; y el emperador parecía dispuesto á llevar las cosas hasta el fin, enviando excelentes oficiales á Bélgica, dando orden de marchar inmediatamente á las tropas de Bohemia y de Brisgau, y disponiendo que un cuerpo de caballería invadiese las llanuras de Flandes y que otro cubriese el Brabante.

Por un momento, pareció que la cuestión del Escalda iba á tomar el carácter de una cuestión europea. Federico II declaró que, por su parte, no opondría obstáculo alguno al emperador, y se negó á acceder á la petición de los holandeses de que les enviara como general en jefe á Möllendorf, permitiendo sin embargo que adquirieran en Prusia todos los materiales necesarios para la guerra. Su embajador en San Petersburgo, el conde Görtz, declaró en noviembre de 1784, que á los príncipes alemanes les tenía intranquilos la política del emperador, pues temían que este no respetase la paz de Osnabrück y amenazara la libertad y la constitución alemanas. La zarina contestó que le desagradaba ver que la Prusia tomara con tanto empeño la causa de Holanda, no siendo

(2) José á Catalina, 25 de octubre de 1784. 235. La anécdota de que Kaunitz puso en el despacho «que los holandeses también habían hecho fuego» es inexacta, pues José y Kaunitz obraban de completo acuerdo.

aliada de esta nación (1). Catalina además procuró, por medio de su embajador, disuadir á los holandeses de su intento; de suerte que el emperador podía tener por seguro el apoyo de Rusia. Inglaterra se mostró indiferente en esta cuestión; en cambio la esperanza de que Francia diera su apoyo al Austria ó permaneciera, por lo menos, neutral, era completamente infundada. Toda la condescendencia que para con los primeros pasos del Austria había manifestado la Francia se trocó de repente en simpatías por los holandeses. El embajador francés Noailles, en una entrevista que tuvo con Kaunitz, los defendió de tal manera, que el canciller manifestó abiertamente, en 8 de octubre, su sorpresa y su disgusto. El rey francés que, en octubre de 1784 escribía al emperador suplicándole que le diera conocimiento de sus deseos é intenciones, decía luego en una comunicación de 17 de noviembre que Francia no podía considerar la apertura del Escalda del mismo modo que el Austria; que los holandeses tenían un derecho garantido que era la base de su bienestar y aun de su existencia y que él deseaba se llegara á un arreglo para lo cual ofrecía su mediación (2). Vergennes, ministro del exterior, había sabido sobreponerse á las relaciones y quiso que la Francia mediara en aquel asunto, pero no por consideración al emperador, sino porque la mediación era condición esencial para la alianza entre Francia y Holanda (3). Las cartas de Luis XVI, la política oriental y el plan de permutar los Países Bajos por la Baviera hicieron que José II aceptara la mediación y un armisticio, pero pidiendo al propio tiempo una satisfacción por el ultraje inferido á la bandera imperial. El príncipe Alberto se encontraba con sus tropas en la frontera dispuesto á atacar á Berg-op-Zoom y Breda. Los holandeses estaban también preparados para la lucha; tomaron á sueldo tropas francesas y alemanas y dieron el mando general del ejército al mariscal francés Maillebois. El día 1.º de mayo de 1785 era el término fijado para romper de nuevo las hostilidades, pero, á propuesta del gabinete francés, el emperador prorogó este plazo primero hasta julio y luego hasta el 15 de setiembre (4). José ordenó que se reanudasen las negociaciones en París, y cediendo á la influencia francesa, consintió en todo: renunció á la libre navegación del Escalda y á todas las pretensiones que había formulado y se contentó con una indemnización pecuniaria, que, en un principio, quiso que fuera de quince millones, y luego de nueve y medio y uno y medio como indemnización para los propietarios belgas que habían sido perjudicados por las inundaciones. Los holandeses ofrecieron solamente cinco millones y no quisieron dar mas, hasta que Francia, para poner término á las negociaciones, se manifestó dispuesta á dar los cinco millones restantes. En 20 de setiembre de 1785 se acordaron los preliminares de la paz definitiva de Fontainebleau que fué firmada en 4 de noviembre del mismo año. La base de este tratado fué el de paz de Münster celebrado en 1648: la parte alta del Escalda, desde Amberes hasta Säftingen, fué adjudicada á los belgas; la parte baja hasta el mar, á los holandeses; los fuertes del río fueron en parte demolidos y en parte cedidos á Bélgica; pero el río continuó cerrado á la navegación; las fronteras de la Flandes debían ser trazadas según el convenio de 1664; el emperador renunció á todas sus pretensiones sobre Maestricht; y la República se obligó á pagar diez millones en seis días (5).

(1) Görtz, *Memorias*, 335.

(2) Archivos del Estado en Viena.

(3) Ranke, *Potencias alemanas*, I, 253, 255.

(4) José á Kaunitz, 25 de julio de 1785: «Je vais faire passer des ordres à mon Ambassadeur à Paris de reprendre les négociations sous la médiation du Roi de France.» Archivos del Estado en Viena.

(5) Grosshöffinger, *José II*, IV. Archivos 306-314.

Así terminó aquel aparato de guerra, admirándose todo el mundo de que José II, después de tantos esfuerzos, hubiese hecho tantas concesiones. Federico II escribió: «Comienzo á sospechar que ese príncipe es muy inconsecuente, pues en cuanto encuentra algún obstáculo, abandona sus proyectos.» Los belgas quedaron en extremo descontentos; su nación había tomado una parte muy activa en la lucha política en que se cifraban sus mas vitales intereses, y veía burladas sus esperanzas con el término que había temido. Como si esto no fuera bastante, pronto llegó á su noticia el proyecto de permuta; la Bélgica se resintió hondamente al saber que el soberano quería ceder aquellos territorios sin consideración alguna al antiguo patrimonio de su casa y al afecto que los belgas habían profesado siempre á sus antepasados y á él propio.

Indudablemente el emperador estaba dispuesto desde fines de 1784 á hacer un arreglo pacífico con la Holanda; pero pensaba entonces explotar la lucha para el plan que ocupaba hacia tiempo la atención de la política austriaca, á saber, la permuta de los Países Bajos por la Baviera (6), proyecto que se trataba de llevar á cabo desde 1783 y que corría paralelo á la lucha del Escalda. El emperador se había asegurado la mediación de Francia con el duque de Dos Puentes, y la paz con Holanda era el precio de tal intervención. Pero José II, por quererlo así expresamente su madre, había renunciado á la Baviera en 1779, y por tanto el «placer» con que había reconocido oficialmente la paz de Teschen, no fué muy grande. Después la ambición de la casa de Habsburgo, el interés del Austria y las instancias del canciller de Estado le indujeron á resucitar el plan de permuta de los Países Bajos por la Baviera. Kaunitz sentaba para ello las mismas bases que en 1777: la alianza de 1756 había tenido por objeto dejar en libertad de acción al Austria respecto de la Prusia y á la Francia respecto de Inglaterra: la posesión de los Países Bajos no era ya necesaria para mantener la alianza con Francia, al paso que la adquisición de Baviera tenía gran importancia para el Austria, que solo de esta manera podía contrarrestar la preponderancia de Prusia, la cual en breve iba á adquirir los territorios de Ansbach y Baireuth. Además, la posesión de Baviera establecía una unión mas útil con las provincias austriacas de Italia. El éxito de este plan parecía asegurado. En Alemania, el clero era favorable al Austria; de Wurtemberg no había que temer oposición alguna y en cuanto á los demás Estados fácilmente podía conseguirse su asentimiento. Ciertamente el Austria con la paz de Teschen había renunciado á los beneficios del convenio de 3 de enero de 1778, pero una permuta voluntaria no se oponía á ningún tratado público: en cuanto al elector de Baviera, se le aseguraría en los tratados particulares, si era necesario, el precio de la enajenación ó se le daría una posición mejor. Solo el presunto heredero del elector, el duque de Dos Puentes, podía presentar algunas reclamaciones, pero se consideraba seguro su consentimiento. La adquisición de Baviera parecía entonces sumamente ventajosa para el Austria, porque de esta suerte adquiría respecto de Prusia, si no una preponderancia, por lo menos una importancia igual. Kaunitz decía al emperador que si no quería renunciar á la idea de una permuta, «lo que Dios no quisiera», aquel era el momento mas oportuno para realizarla.

Con este objeto, el Austria hizo sondear, por medio del embajador, conde Lebrbach, las intenciones del elector Carlos Teodoro, el cual, en principio, no se mostró contrario al proyecto: contaba entonces Carlos sesenta años, estaba

(6) José á Catalina, 28 de diciembre de 1784, 241: «C'est aussi dans cette vue seule que j'entretiens toute la querelle avec la Hollande.»